

También hacía un modelo Juan el Flamenco (1) en los claustros de Santa Cruz, y otro lo hacía el perusino Vicente Dante en casa del Sr. Octaviano de Médicis; otro lo comenzó el hijo del Moschino en Pisa (2), y otro lo hacía Bartolomé Ammannati en la Loggia, que nos la habían dividido.

Cuando lo tuve todo bien esbozado y quería comenzar á concluir la cabeza, que ya le había dado un poco de primera mano, el duque salió de palacio, y el pintor Jorgillo (3) le llevó á la estancia del Ammannati para hacerle ver el Neptuno; en el cual dicho Jorgillo había trabajado con sus manos muchas jornadas, junto con el referido Ammannati y todos los ayudantes de éste. Mientras que el duque estaba viéndolo, fuéme dicho que le satisfacía muy poco; y si bien el citado Jorgillo quería atolondrarle con su charla, el duque sacudía la cabeza y volviéndose hacia el Sr. Juan Esteban (4), dijo:

—Vete y pregunta á Bienvenido si su gigante está de tal suerte adelantado, que me permita darle un pequeño vistazo.

El Sr. Juan Esteban, muy cortés y benévola-

(1) Juan Bologna, natural de Douay, en Flandes.

(2) Francisco Mosca, llamado *el Moschino*. Carpani demuestra que el mismo Moschino, y no su hijo, es quien tomó parte en el concurso para el Neptuno.

(3) Se refiere al célebre pintor, arquitecto y escritor florentino Jorge Vasari.

(4) Carpani cree que se refiere á Esteban Salli, camarero del duque.

me hizo la embajada de parte del duque, y además me dijo que si mi obra no me parecía que aún estuviera en disposición de mostrarse, lo dijese libremente, pues el duque muy bien conocía cómo había tenido yo poca ayuda para tan grande empresa. Respondíle que viniere por favor, pues aun cuando mi obra iba poco adelantada, tal era el ingenio de Su Excelencia Ilustrísima, que muy bien juzgaría lo que pudiera ser una vez concluido el modelo.

Dicho gentilhombre llevó la embajada al duque, quien vino con sumo gusto; y así que Su Excelencia entró en la estancia y dirigió sus ojos á mi obra, manifestó satisfacerle mucho; después dió vuelta todo alrededor, deteniéndose en los cuatros puntos de vista, que no de otro modo lo hubiera hecho uno que fuera peritísimo en el arte; luego hizo grandes señales y actos en demostración de complacerle, y dijo solamente:

—Bienvenido, sólo te falta darle los últimos toques.

Después volviése hacia los que estaban con Su Excelencia, y dijo muchos loores de mi obra, exclamando:

—El pequeño modelo que ví en su casa plúgome bastante; mas aquesta su obra ha superado en bondad al modelo.

CII.

Plugóle á Dios, que todas las cosas hace por nuestro bien (hablo para aquellos que le confiesan y en Él

creen, á quienes guarde siempre Dios), que por aquellos días se me presentase delante cierto bribón de Vicchio, llamado Pedro María de Anterigoli, y por sobrenombre el Sbietta, pastor de profesión; y como es pariente íntimo del señor Guido Guido, médico y hoy preboste de Pescia, le presté oídos.

Este me ofreció venderme un predio suyo por mi vida natural. Dicho predio no quise verlo, porque deseaba concluir mi modelo del gigantesco Neptuno, y además, por no hacer falta que yo lo viese, puesto que me lo vendía teniendo en cuenta su producto; acerca del cual habíame dado nota el antedicho de que eran tantas medidas de grano y de vino, aceite, avena y castañas, y utilidades, que, según mi cuenta, en los tiempos en que estábamos valían dichos productos mucho más de cien escudos de oro en oro; y yo le daba seiscientos cincuenta escudos, incluyendo las gabelas.

De modo que habiéndome dejado escrito de su mano que por tanto tiempo cuanto yo viviese comprometíase á entregarme dicha renta, no me curé de ir á ver dicha hacienda; sin embargo, me informé lo mejor que pude acerca de si dicho Sbietta y su hermano carnal Felipe estaban bastante bien acomodados para que estuviese yo seguro. Por muchas diversas personas que los conocían fuéme dicho que estuviese segurísimo.

De común acuerdo llamamos á Pedro Francisco Bertoldi, notario de la Mercadería. La primera cosa que hice fué poner en sus manos la nota de todo aquello que el antedicho Sbietta se comprometía á pasarme,

pensando que dicho escrito debiera figurar en el contrato; el notario mencionado que lo extendió puso como testigos á veintidós convecinos que le dictaba el Sbietta; y, según mi parecer, no se acordó de incluir en dicho contrato lo que el referido vendedor habíame ofrecido; y mientras que el notario escribía trabajaba yo; y como tardase él algunas horas en escribir, hice un gran trozo de la cabeza del Neptuno.

Una vez efectuado dicho contrato, el Sbietta comenzó á hacerme los mayores festejos del mundo, y yo hice otro tanto con él. Presentábame cabritos, quesos, capones, requesón y muchas frutas, de modo que medio comencé á avergonzarme; en virtud de estos obsequios, cada vez que él venía á Florencia sacábale de su posada; y muchas veces llegaba con algunos de sus parientes, los cuales también venían á mi casa.

Con placenteras palabras empezó á decirme cómo era una vergüenza que hubiese yo comprado una hacienda y que habiendo transcurrido tantas semanas no me resolviese á dejar por tres días un poco mis quehaceres á mis ayudantes y me fuese á verla.

Tanto pudo con sus lisonjas, que, en mala hora para mí, marché á verla; el Sbietta me recibió en su casa con tantos halagos y con tantos honores, que no podían hacersele más á un duque; su mujer aún me hacía más caricias que él. De aqueste modo pasamos cierto tiempo, hasta tanto que ocurrió todo aquello que habían tenido el designio de hacer él y su hermano Felipe.

CIII.

No dejaba yo de apresurar mi trabajo del Neptuno, que, según antes dije, estaba ya todo él esbozado, conforme á muy buenas reglas, cual jamás ha usado ni sabido ninguno antes que yo; de modo que, si bien estaba cierto de no obtener el mármol por las causas antedichas, estaba seguro de tenerlo presto concluído, para al momento dejarlo ver en la plaza, sólo por satisfacción mía.

La estación era cálida y agradable; de modo que al verme tan festejado por aquestos dos bribones, un miércoles (que era fiesta doble) me trasladé de mi hacienda á Trespiano, donde hice buena colación; de suerte que era ya más de la hora veintidós cuando regresé de allí á Vicchio; en seguida vi en la puerta á Felipe, quien parecía saber cómo iba yo allí; hízome grandes halagos y llevóme á casa del Sbietta, donde estaba su impúdica mujer; también ésta me hizo desmesurados agasajos; á la cual di en presente un sombrero de paja finísimo, diciendo ella que jamás había visto otro más hermoso. No estaba entonces allí el Sbietta.

Acercándose la noche, cenamos todos juntos con mucho regocijo; luego me dieron una magnífica alcoba, donde reposé en un aseadísimo lecho; y á mis dos servidores dióseles otro tanto, conforme á su categoría.

Por la mañana, cuando me levanté, hicieronme los

mismos festejos; fui á ver mi predio, el cual me agradó; enseñáronme mucho trigo y otros granos; y después de volverme á Vicchio, el clérigo Felipe me dijo:

—Bienvenido, estad tranquilo, pues aun cuando no hayáis encontrado por completo todo aquello que se os ha prometido, confiad en que se os entregará con exceso; porque habéis pactado con personas de bien; y sabed que aqueste labrador lo hemos despedido porque es un malvado.

Este labrador se llamaba Mariano Rosegli, quien muchas veces me dijo:

—Mirad bien lo que os suceda, pues al fin conoceréis cuál de nosotros es el mayor malvado.

Cuando aqueste campesino decíame tales palabras, se sonreía de cierta mala manera, meneando la cabeza como si dijese:

—Anda, que ya te acordarás de ello.

Formé mal juicio, mas no me imaginaba nada de aquello que me sucedió.

Después, al ir de paseo por Vicchio (1), (había ya dado principio el mercado); veía que todos los de Vicchio me miraban como una cosa rara de ver, y más que nadie un buen hombre que desde hace muchos años está en Vicchio, y la mujer del cual hace pan para vender. Allí cerca, á una milla, tiene ciertas buenas posesiones, y por ese motivo se conforma con estar de aquel modo.

(1) Vicchio está sobre la margen izquierda del Arno, cerca de 7 millas al E. de Florencia, y casi 6 al S. de Trespiano.

Este hombre de bien habita una casa mía existente en Vicchio, que me fué consignada á la vez que dichas tierras, las cuales se llaman Quinta de la Fuente, y me dijo:

—Vivo en una casa vuestra y á su tiempo os daré vuestro arriendo; pero si lo queréis antes, obraré de cualquier modo que queráis, con tal de que conmigo estéis siempre de acuerdo.

Mientras estábamos departiendo, vi que este hombre fijaba en mí sus ojos; de modo que, violento yo por tal cosa, le dije:

—Decidme, mi querido Juan, ¿por qué me habéis mirado muchas veces con tanta fijeza?

Aqueste hombre honrado me contestó:

—Os lo diré con mucho gusto, si me prometéis no decir á ese hombre, en cuya casa estáis, que yo os lo he dicho.

Prometíselo, en efecto; entonces me dijo:

—Sabed cómo aquel mal clérigo de Felipe, no hace aún muchos días que se andaba vanagloriando de las habilidades de su hermano el Sbietta, diciendo cómo había vendido su hacienda á un viejo por el tiempo de su vida, el cual no llegaría á concluir el año. Habéis hecho pacto con unos grandes bribones; así, pues, ingeniaos por vivir todo lo más que podáis, y abrid los ojos, porque falta os hace; no quiero deciros nada más.

CIV.

Yendo de paseo por el mercado, me encontré con Juan Bautista Santini, y él y yo fuimos llevados á cenar por el antedicho sacerdote; y según atrás dije, era cerca de la hora veinte, y por mi causa se cenó temprano, pues había dicho que por la noche quería tornarme á Trespiano; de suerte que con presteza púsose todo en orden, afanándose mucho la mujer del Sbietta, pues estaba, entre otros, un cierto Francisco Butti, su cortejo. Así que hubieron hecho las ensaladas, y al empezar á sentarnos á la mesa, aquel mal sacerdote, con cierta maliciosa risita, propia de él, dijo:

—Es preciso que me perdonéis porque no pueda cenar con vosotros; pues me ha sobrevenido un asunto de gran importancia por cuenta de mi hermano el Sbietta, y por no estar él es necesario que yo le supla.

Todos nosotros le suplicamos y no pudimos disuadirle; marchóse de allí y empezamos á cenar. Así que comimos las ensaladas en grandes fuentes comunes á todos, empezándonos á servir un guisado de carne, nos pusieron una escudilla á cada uno. Santini, que estaba frente á mí en la mesa, me dijo:

—A vos os dan todos los platos diferentes de aquestos otros. ¿Habéis visto nunca cosa más chocante?

Le dije que no me había percatado de tal cosa. Entonces me dijo que llamase á la mesa á la mujer del

Sbietta, la cual, juntamente con éste y con Francisco Butti, corrían de un lado para otro extraordinariamente afanosos. Tanto supliqué á aquella mujer, que al fin vino; la cual dolíase, diciéndome:

—Mis manjares no os han agradado y por ese motivo coméis tan poco.

Cuando hube loado varias veces la cena diciendo que jamás comí con mayor apetito ni mejor, añadí, por último, que sólo comía yo precisamente lo que me bastaba. Nunca me hubiera imaginado por qué me hacía tantas instancias aquella mujer para que yo comiese.

Después que acabamos de cenar había pasado la hora veintiuna, y tenía yo deseo de pasar la noche en Trespiano, para poderme ir el siguiente día á mi trabajo de la Loggia; así, pues, dije adiós á todos, y dando gracias á la mujer, me partí.

No bien estuve alejado tres millas, cuando sentí que el estómago me ardía; y me encontré tan mal, que parecíame tardar mil años en llegar á mi granja de Trespiano. Como Dios quiso, llegué de noche con gran fatiga, y al momento lo dispuse todo para irme á descansar.

En toda la noche no pude hallar descanso, y además movióseme el vientre, forzándome muchas veces á ir al sillico; hasta que, habiéndose hecho de día claro, y sintiéndome arder el ses, quise ver en qué consistía, y encontré las heces muy ensangrentadas. Al momento me imaginé que había comido algo venenoso, y estuve reflexionando mucho qué pudo haber sido; viniéronme

á la memoria aquellos platos, platillos y escudillas que la mujer del Sbietta habíame puesto diferentes de los otros; y de que aquel mal clérigo, hermano del referido Sbietta, después de haberse afanado tanto por hacerme los honores, al cabo no quiso quedarse á cenar con nosotros; y también recordé haber dicho el mencionado clérigo cómo su hermano el Sbietta había dado un buen golpe con haber vendido un predio por vida á un viejo, el cual no pasaría en manera alguna del año, palabras que me había referido aquel buen hombre de Juan Sardella; de modo que comprendí cómo me habían dado en un plato de salsa muy bien hecha y muy grata de comer, una toma de sublimado; porque el sublimado obra todos aquellos males que advertía yo tener; mas acostumbro á tomar pocas salsas ó condimentos con la carne, fuera de la sal; empero ocurrióseme comer dos bocadillos con aquella salsa, por ser tan sabrosa. También recordé cómo varias veces la referida mujer del Sbietta me instaba por diversos modos diciéndome que comiese de aquella salsa; de suerte que tuve por muy cierto cómo con aquella salsa hubieron de darme un poco de sublimado.

CV.

A pesar de hallarme enfermo de aquel modo, iba á trabajar de todas maneras en mi gigante á dicha Loggia con lo cual en pocos días sentí aumentarse tanto mi gran mal, que me clavó en el lecho.

Tan pronto como la duquesa supo que estaba yo enfermo, al instante hizo dar la obra del desgraciado mármol con entera libertad á Bartolomé Ammannati, quien me envió á decir por el señor..., habitante en la calle del..., que hiciese lo que quisiera de mi comenzado modelo, porque él se había ganado el mármol.

Aqueste señor... era uno de los enamorados de la mujer del referido Bartolomé Ammannati (1), y por ser el más favorito, por su gentileza y discreción, aqueste Ammannati le daba todas las facilidades, de las cuales había que decir grandes cosas. Empero, yo no quiero hacer como su maestro Bandinelli, que en sus razonamientos salíase del arte; baste saber que dije al mencionado..., que siempre me lo creí así, y que encargara á Bartolomé que se afanase, á fin de que demostrara su agradecimiento á la fortuna por tamaño favor como tan inmediatamente hábale otorgado.

Así, pues, estuve descontento en el lecho haciéndome medicinar por aquel excelentísimo hombre, el maestro físico Francisco de Monte Varchi; y á la vez que él medicábame de cirugía el maestro Rafael de Pilli; porque aquel sublimado quemábame de tal suerte la tripa del ses (2), que no podía retener en manera alguna el excremento. Y aun cuando el antedicho maestro Francisco reconoció que el veneno había hecho todo el daño posible, si bien no había sido en tanta cantidad que su-

(1) La poetisa Laura Battiferra, á quien Benvenuto Cellini dedica los sonetos XVIII y XIX de sus RIMAS.

(2) Lo que en la actualidad se llama intestino recto.

perase á la resistencia del robusto natural que hallaba en mí, empero díjome un día:

—Bienvenido, da gracias á Dios porque te has salvado; y no dudes de ello, pues quiero sanarte sólo por causar despecho á los bribones que te han querido hacer daño.

Entonces el maestro Rafaelito, dijo:

—Aquesta será una de las más hermosas y más difíciles curas de que haya habido noticia nunca. Bienvenido, sabe que has comido un bocadito de sublimado.

Al oír estas palabras, el maestro Francisco le tapó la boca con la mano, y dijo:

—Quizá sería alguna oruga venenosa.

Contesté cómo sabía muy de cierto qué veneno era y quién me lo había dado; y nos callamos todos. Estuvieron medicándome más de seis meses completos, y transcurrió más de un año antes de que pudiese valerme de mi vida.

CVI.

Por aqueste tiempo fuése el duque á hacer su entrada en Siena (1), y el Ammannati habíase ido algunos meses antes para preparar los arcos triunfales.

Un hijo bastardo del Ammannati habíase quedado en la Loggia y quitó ciertos lienzos que había sobre mi

(1) La hizo en 28 de Octubre de 1560.

modelo del Neptuno, que por no estar concluído tenía yo cubierto. Al momento fui á quejarme al Señor D. Francisco, hijo del duque, el cual daba muestras de quererme bien, y le dije cómo me habían descubierto mi estatua; la cual estaba sin concluir, pues de estar concluída no se me hubiera dado nada de ello. A esto me respondió dicho príncipe amezándome algún tante con la cabeza, y dijo:

—Bienvenido, no os curéis de que haya sido descubierta, porque eso más hacen en contra suya; no obstante, si deseáis que la haga yo cubrir, lo mandaré en el acto.

Y además de aquestas palabras, Su Excelencia Ilustrísima añadió otras muy favorables para mí en presencia de muchos señores. Entonces le contesté que suplicaba á Su Excelencia me diese comodidades para poderlo acabar, pues quería hacer de él un presente, junto con el modelo pequeño á Su Excelencia. Respondíome que de buena gana aceptaba el uno y el otro, y que haría darme todas las facilidades que yo pidiese.

Tanto me sustentó aqueste poco de favor, que fué causa de salud para mi vida; porque habiéndome sobrevenido tan desmesurados males y disgustos de una vez, veíame desfallecer; y con aquel poco de favor me conforté con alguna esperanza en mi vida.

CVII.

Habiendo pasado ya el año desde que tenía yo la granja de la Fuente del Sbietta, y además todos los sinsabores sufridos por mí con el veneno y otras picardías de aquel, visto que dicha quinta no me fructuaba la mitad de aquello que se me había ofrecido (y aparte de los contratos, tenía sobre esto un escrito de mano del Sbietta, quien se obligaba, por ante testigos, á sostenerme dichas rentas), me fui á ver á los señores consejeros (que en aquel tiempo vivía el Señor Alfonso Quistello, quien era fiscal y se juntaba con los señores consejeros; y entre los consejeros estaban Averardo Serristori y Federico de Ricci, sin que me acuerde del nombre de todos; también estaba entre ellos uno de los Alessandri, en fin, baste decir que era como una asamblea de personajes de gran importancia).

Habiendo contado mis razones á los magistrados, todos á una voz querían que el referido Sbietta me devolviese mis dineros, excepto Federico de Ricci, quien servíase por aquel entonces del mencionado Sbietta; de suerte que todos se condolían de mí porque Federico de Ricci hacía que no se me despachase el asunto, y entre ellos Averardo Serristori con todos los demás; éste y lo mismo aquel de los Alessandri, estaban muy escandalizados. Y sucedió que, habiendo el mencionado Federico retardado tanto el asunto que el magistrado hubo de terminar en su oficio, una mañana me encon-

tró dicho gentilhombre, después de que habían salido á la plaza de la Anunciación, y sin mirar que había gente, dijo en alta voz:

—Federico de Ricci ha podido más que todos nosotros; tanto, que se te ha hecho injusticia contra la voluntad nuestra.

No quiero decir nada más acerca de aquesto, porque se ofendería demasiado el que tiene el poder supremo de la gobernación.

Baste saber que se me hizo injusticia á sabiendas por un ciudadano rico, sólo porque se servía de aquel pastor.

CVIII.

Hallándose el duque en Liorna, fuí en su busca sólo para pedirle licencia. Sentía que retornaban mis fuerzas, y visto que no se me empleaba en nada, dolíame el hacer tan gran desaguizado contra mis estudios; de modo que me resolví, fuíme á Liorna y encontré allí al duque, quien me dispensó gratísima acogida.

Y como me detuve allí algunos días, todos ellos salí con Su Excelencia á caballo y tenía mucha ocasión para poder decir todo cuanto yo quisiese; porque el duque salía fuera de Liorna y andaba cuatro millas por la costa del mar, donde hacía construir una pequeña fortaleza. Y porque no le molestasen demasiadas personas, tenía placer en que hablase yo con él; de suerte que viendo que un día se me hicieron ciertos favores muy

notables, empecé á hablar á propósito del Sbietta, esto es, de Pedro María de Anterigoli, y dije:

—Señor, quiero contar á Vuestra Excelencia Ilustrísima un caso maravilloso, por el cual Vuestra Excelencia sabrá la causa que me impidió poder acabar mi *Nepituno* de barro, que trabajaba yo en la Loggia. Sepa Vuestra Excelencia Ilustrísima cómo hube de comprar al Sbietta una granja por una renta vitalicia.

En resumen, que se lo dije todo minuciosamente, sin manchar nunca la verdad con falsedades. Cuando llegué á lo del veneno, dije que si fuese yo tenido como grato servidor en el ánimo de Su Excelencia Ilustrísima, en vez de castigar al Sbietta ó á quienes me dieron el veneno, debería Su Excelencia Ilustrísima premiarlos con alguna cosa buena; porque el veneno no fué tanto que bastase á matarme, antes bien el suficiente para purgarme de una mortífera viscosidad que tenía dentro del estómago y de los intestinos; por donde obró de modo que, de continuar como me hallaba, podía vivir tres ó cuatro años; y aquella especie de medicina hizo de suerte que creo haber ganado vida para más de veinte años. Y por eso con mejor voluntad que nunca daba las mayores gracias á Dios; es muy verdadero aquello que algunas veces he oído decir: «Mal que nos manda Dios, en bien lo trueca» (1).

El duque estuvo escuchándome durante más de dos

(1) Nosotros tenemos el refrán: *No hay mal que por bien no venga*. Cellini pone este endecasílabo, sin decir su autor:

Iddio ci mandí mal, che ben ci metta.

millas de viaje, siempre con gran atención; pero no se le ocurrió decir más que esto:

—¡Oh, malas personas!

Comprendí que él estábales obligado, y entré en otras conversaciones más ligeras. Aguardé á un día que fuese á propósito, y cuando lo encontré á mi gusto, supliqué á Su Excelencia Ilustrísima que me diese licencia á fin de que no tirase á la calle algunos años, pues aún era yo bueno para hacer alguna cosa; y que Su Excelencia Ilustrísima me diese cuando le pluguere aquello que aún quedaba á mi favor por mí Perseo.

En aquesta conversación extendíme con muy largas ceremonias á dar gracias á Su Excelencia Ilustrísima, quien no me respondió lo más mínimo del mundo, antes parecióme que demostraba haberlo llevado á mal.

Al siguiente día vino en mi busca el señor Bartolomé Concino, uno de los primeros secretarios del duque, y con cierta fanfarronería, me dijo:

—Dice el duque que si quieres licencia te la dará; mas si quieres trabajar, te dará trabajo. ¡Así pudieras hacer tanto como Su Excelencia te dará para que hagas!

Respondíle que no deseaba otra cosa sino tener trabajo, y mayormente de Su Excelencia Ilustrísima más que de todo el resto de los hombres del mundo; pues aunque fuesen papas, emperadores ó reyes, más á gusto serviría yo á Su Excelencia Ilustrísima por un sueldo, que á cualquier otro por un ducado. Entonces me contestó:

—Si eres de aqueste modo de pensar, estais de acuerdo sin decir nada más; así, pues, vuélvete á Florencia y está tranquilo, porque el duque te quiere bien.

Por consiguiente, me torné á Florencia.

CIX.

Así que llegué á Florencia, vino en mi busca cierto hombre llamado Rafael Scheggia, tejedor de tapices de oro, quien me habló así:

—Bienvenido mío, quiero poneros de acuerdo con Pedro María Sbietta.

A lo cual repliqué cómo no podían ponernos de acuerdo otros que los señores consejeros; y que en aqueste haz de consejeros el Sbietta no tendrá un Federico de Ricci, que por un presente de dos cabritos cebados quiera sostener tan malvado litigio y hacer tan fea sinrazón á la santa justicia, sin curarse de Dios ni del honor suyo.

Cuando hube dicho aquestas palabras y otras muchas, Rafael, siempre afectuosamente, me contestó que era mucho mejor un tordo pudiéndose comer en paz, que no un bien cebado capón aunque hubiese certeza de lograrlo, si se obtenía en tanta guerra; además me dijo que las cosas de justicia algunas veces alárganse de tal suerte, que hacía yo mucho mejor em-

pleando aquel tiempo en alguna bella obra, con la cual adquiriese mucho mayor honra y provecho.

Yo, que conocí cómo él decía verdad, comencé á prestar oídos á sus palabras; de suerte que en breve nos puso de acuerdo en aqueste modo: que el Sbietta me tomaría en arrendamiento dicha granja por setenta escudos de oro en oro al año, durante todo el tiempo de mi vida natural.

Cuando fuimos á hacer el contrato de esto, que fué extendido por Juan de Mateo de Falgano, el Sbietta dijo que del modo como lo habíamos concertado importaba más la gabela, y que no me faltaría él; motivo por el que era conveniente que hiciésemos este arriendo de cinco en cinco años, y que me cumpliría su palabra, sin renovar jamás ningún otro pleito. Igual me prometió el pícaro de aquel hermano suyo clérigo; y del modo antedicho, por cinco años, se hizo el contrato.

CX.

Queriendo entrar en otros asuntos y dejar por una pieza de ocuparme de aquesta desmesurada picardía, necesito antes decir lo que ocurrió á los cinco años del arriendo, pasados los cuales no quisieron aquellos dos bribones mantenerme ninguna de las promesas hechas; antes me querían devolver mi granja sin quererla tener ya más en arriendo. Por lo cual comencé á quejarme y ellos me echaban encima el contrato, de

modo que por causa de su mala fe no podía yo valerme.

Visto esto, les dije cómo el duque y el príncipe de Florencia no soportarían que en su ciudad se vejase á los hombres tan inicuaamente. Esta amenaza fué de tanto valor, que me enviaron aquel mismo Rafael Scheggia que hizo la primera concordia, y dijeron que no me querían dar los setenta escudos de oro en oro, como me habían dado en los cinco años transcurridos; á lo cual respondí que yo no quería nada menos. Dicho Rafael vino en mi busca, y me dijo:

—Bienvenido mío, ya sabéis que estoy de vuestra parte: pues bien, ellos lo han dejado todo á mi decisión.

Y me lo mostró escrito de mano de ellos. Como yo no sabía que fuese él su íntimo pariente, parecióme muy bien; y también me remití al mismo en todo y por todo. Este hombre tan atento vino cierto día del mes de Agosto, á media hora de la noche, y con muchas palabras me constriñó á hacer que se extendiese el contrato; sólo porque conocía que si se hubiese dilatado hasta la mañana, no hubiera tenido buen éxito para él aquel engaño que me quería hacer. Así, pues, hizóse el contrato de que se obligaban á darme sesenta y cinco escudos de moneda al año por el arriendo, en dos pagos cada año, durante toda mi vida natural.

Y aun cuando yo me llamé á engaño y no quise pasar por nada, él mostraba lo escrito por mi mano, con lo cual movía á todo el mundo á quitarme la razón; y el referido Rafael decía que todo lo había hecho por

mi bien, y que estaba de parte mía; y no sabiendo el notario ni los demás que éste era pariente de aquellos, todos me quitaban la razón; por lo cual tuve que ceder pronto, y trataré de vivir lo más que me sea posible.

Después de aqueste cometí otro error en el mes de Diciembre 1566, y fué el siguiente (1): por doscientos escudos de moneda y con reserva de tres años, compré á los Sbietta la granja del Poggio, la cual confina con aquella otra mía de la Fuente, y se la di á ellos en arriendo; lo hice por hacer bien.

Tendría que extenderme largamente al escribir, si hubiese de narrar los grandes perjuicios que me han acarreado; quiero remitirlos en todo y por todo á Dios, quien siempre me ha defendido de cuantos han tratado de hacerme daño.

CXI.

Habiendo concluído del todo mi Crucifijo de mármol, parecióme que enderezándolo y poniéndole unas cuantas brazas más alto que el suelo, había de mostrarse mucho mejor que con tenerlo en tierra; y á pesar de parecer bien, enderezado que lo hube, pareció bastante mejor; hasta el punto de quedar yo muy satisfecho de

(1) En notas anteriores hemos advertido que Cellini comenzó á escribir su *Vida* el año 1558, y su relato sólo llega al año 1562.

él, y por eso comencé á enseñárselo á cuantos le querían ver.

Fué voluntad de Dios que llegase á noticia del duque y de la duquesa; de suerte que á su regreso de Pisa, Sus Excelencias Ilustrísimas, con toda la nobleza de su corte, vinieron inesperadamente un día á mi casa sólo por ver dicho Crucifijo; el cual plugo tanto, que el duque y la duquesa no cesaban de decirme infinitos loores, y por tanto también aquellos señores y gentilhombres que estaban presentes.

Cuando ví que estaban muy satisfechos, comencé donosamente á darles gracias, diciéndoles que el haberme evitado la faena del Neptuno de mármol había sido la verdadera causa de que hubiese realizado yo una obra como aquella, á la cual no se había puesto jamás ningún otro antes que yo; y que aun cuando había sufrido los mayores trabajos que en mi vida pasé en el mundo, los daba por muy bien empleados, máxime viendo que Sus Excelencias Ilustrísimas loábanmela tanto; y no pudiendo creer yo encontrar nada tan digno de ella como Sus Excelencias Ilustrísimas, con la mejor voluntad hacíales presente de ella (1); sólo les roga-

(1) Dice Brunone-Bianchi que la duquesa no quiso aceptar como regalo este Crucifijo, sino que por medio del secretario Concini mandó á decir á Bienvenido que lo pagaría en todo aquello que valiese. El duque lo compró por mil quinientos escudos en oro, y lo hizo transportar al Palacio Pitti, en 1565. Esta obra fué regalada en 1576 por el gran duque de Toscana Francisco I al rey de España, Felipe II, quien la hizo colocar en el trascoro de la iglesia del Escorial, donde existe en la actualidad perfectamente conservada. Según los documentos XIX